

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ÓPERA



Fotografía de Esplúgas.

Erminia Borghi Mamo.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



Cada día bendigo más á la Providencia por no haberme hecho personaje, ni semi-personaje, ni cuarto de personaje siquiera.

Porque, vamos, yo no hubiera podido soportar lo que ha soportado días pasados ese pobre señor Canalejas.

Con lo delicado que me dejó el estómago el dengue, ¿cómo hubiera podido yo aguantar tanto *lunch*, tanto almuerzo, tanta comida?

En el puesto del simpático ex-ministro, ex-republicano, á estas horas ya me las hubiera yo liado de un cólico *miserere* ó de otra enfermedad parecida.

Ese es el gran inconveniente de ser una figura en nuestra patria. No puede uno ir á provincias sin promover un alboroto en todas las cocinas. Los pavos, pollos, besugos, merluzas y langostines deben profesar horror á todos los hombres que llaman la atención pública por su posición ó merecimientos.

La venida de un personaje se traduce en una degollación de inocentes del reino animal y vegetal, y á las veces de inocentes de otra especie: de la especie humana.

Pero no divaguemos y pongámonos en el caso de cualquier político ilustre ó literato insigne á quien le tentó el diablo sugiriéndole un viaje á provincias.

Apenas llega, ya le están mareando los correligionarios, y los amigos, y los condiscipulos, y los simples conocidos ó conocidos simples.

Uno le convida á almorzar, otro á ver una fábrica (con *lunch*), el de más allá á visitar *El artístico sabañón*, sociedad de farmacéuticos; Fulano le brinda un banquete de amigos, Zutano á que diga dos palabras, solo dos palabras en el Fomento del ganado vacuno, Perengano á que dé una conferencia sobre la influencia de la peseta en las artes. Hay quien le quiere secuestrar para su fracción; otro le marea contándole los chismes y enredos que pasan en su partido político.

El personaje en cuestión tiene que hacer á todos buena cara y comer de todo... ¡Ay de él si no lo hiciese!

No duerme ni sosiega; sus digestiones son laboriosas; la jaqueca no le deja, y allá en su interior lo daría todo al diablo si su porvenir y su grandeza no se cimentasen haciendo estos inmensos sacrificios.

Cuando veo pasar por las calles de Barcelona á los Sres. Sagasta, Salmeron, Cánovas, Pí, Canalejas y tantos otros, les compadezco con toda mi alma, y murmuro los filosóficos versos del más sublime y sencillo de nuestros poetas.

«Qué descansada vida

La del que huye del mundanal ruido...»

Vamos, debe ser atroz eso de no poder dormir ni

comer tranquilo.

Al menos vista la cosa con mis ojos y desde fuera, hallo que los sueños más dorados de la ambición satisfecha y de la popularidad más universal no valen esas molestias.

Y vuelvo á dar gracias á la Providencia por no haberme hecho gran hombre, porque en esto estoy con Góngora cuando dice:

Busquen otros el gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno.

Y *prou*, y pasemos á otro asunto.

* * *

Se acerca el centenario de Colón, y como es natural, ya empezamos á desollar vivo al ilustre navegante.

Es claro que los extranjeros se han valido de él para fustigar á los españoles, pero no les debemos imitar.

Conforme estamos con la conferencia que dió en Madrid el señor Fernandez Duro haciendo justicia á los Pinzones, sin los cuales Colon no hubiera encontrado buques ni hombres para hacer el descubrimiento.

Pero luego viene D. Luis Vidart, y tira más de la cuerda, y demuestra que Colon era un pésimo gobernante y que Bobadilla estuvo en lo justo al cargarle de cadenas.

Ni tanto ni tan calvo que se le vean los sesos.

Por el camino que vamos, y antes de celebrar el centenario, se va á demostrar que el ilustre genovés no descubrió la América, y aún alguien es muy capaz de probar que el Nuevo Mundo nunca ha existido.

Algo debe mortificar á la noble altivez española ese coro de maldiciones que por envidia á nuestro antiguo poderio y á nuestra pasada supremacía en el mundo, empaña todas las grandes empresas de nuestra nación; pero más generosos fuimos los españoles amparando á Colon y dándole medios de llevar á cabo su intento, que esas naciones que ahora nos denigran y que entonces le abandonaron.

La conferencia dada por el señor Vidart peca de inoportuna.

Ahora que se acerca la celebración del centenario del ilustre descubridor, mostrémonos todos entusiasmados de una gloria que es nuestra propia gloria.

Lo demás quédese para los bibliófilos.

* * *

Otra bola calentita y recién salida del horno.

Un habitante de (¡agarrarse, señores!) Hecketts-tewn (Nueva Jersey) se echó á dormir el 20 de Octubre de 1887, y todavía está durmiendo.

Solo se ha despertado una vez para enterarse de cómo estaba su familia, y luego se volvió á dormir. El sueño continúa todavía.

Los doctores creían al principio que el durmiente tenía *agua en la cabeza* y que por eso dormía tanto, los profanos creían que lo que tenía era vino; pero á la postre ha resultado que lo que tiene es sueño.

Alli se está en Heckettstewn, durmiendo á la bartola el Mister Michael Farnan, que asi se llama, sin enterarse de que en este intervalo de tiempo, le han nacido dos hijos más y que va á tener una agradable sorpresa cuando despierte, si es que llega á despertar y no se lleva durmiendo hasta la consumación de los siglos.

Estos Estados Unidos todo lo hacen en grande: casas de quince pisos; exposiciones colosales; monumentos monstruosos... y bolas como la tierra.

Cada día nos viene de aquel país una guasa viva.

Hoy es Michael Farnan, el que está reducido á la categoría de saco de patatas abandonado; ¿qué será mañana?

¿Mañana?

Mañana bajará chafallada la pacata garra-sayasa, como decían las muestras de escritura de Iturzaeta.

ELIDAN.

AL ALCALDE DE MI PUEBLO

Alcalde amigo y señor:
con el respeto mayor
y con mucha cortesía,
voy á pedirle un favor
que he de agradecer á Usía.

No serán mis quejas tales
que en sesión los concejales
la discutan, ¡no por Dios!
Voy á hablar solo de los
serenos municipales.

Comprendo que son muy buenos;
que hacen muchos sacrificios;
que están de virtudes llenos;
siendo grandes los servicios
que nos prestan los serenos.

Comprendo, como es razón,
lo necesarios que son;
mas, permítame que estalle;
porque no transijo con
el sereno de mi calle.

Cumple bien, á su manera;
hasta que despunta el día
no duerme un rato siquiera...
¡ojalá que se durmiera,
que yo también dormiría!

Su voz fuerte y penetrante
tiene la culpa de todo.
Bueno que el sereno cante,
pero este canta de un modo
que el demonio que le aguante

No es mala voz, no, señor;
hay cantantes por ahí
que lo hacen mucho peor;
pero lo cierto es que á mí
me pone de mal humor.

Sus pulmones ejercita
con una voz como un trueno,
y el hombre se desgañita
cuando, á voz en cuello grita:

—«¡Las doce y media, y sereno!»

¡Y es claro! ¿Qué ha de pasar?
Que así no puedo vivir,
ni así puedo descansar.
¡Con tal modo de cantar
no hay manera de dormir!

Despierto sobresaltado;
me vuelvo del otro lado,
y cuando el sueño he cogido
viene con otro berrido
á dejarme desvelado.

Siempre larga su canción
debajo de mi balcón.
¡No se le puede sufrir!
Yo no sé lo que es dormir
ni dos horas de un tirón.

Yo soy un vecino honrado,
y cuando al dulce consuelo
del sueño estoy entregado,
nada me importa que el cielo
esté sereno ó nublado.

¿Con qué derecho ó razón,
si duermo como un lirón,
con tales gritos me asedia?
¡No quiero saber si son
las tres ó las tres y media!

Cuando quiera saber yo
la hora que es, ya lo veré
en mi reló, ¿por qué no?
¡Si se me para el reló
ya se lo preguntaré!

¡Tal empeño al cielo clama!
Que acuda si se le llama,
y que cante *sotto voce*.
No he de pasarme la noche
dando saltos en la cama.

¡Yo no puedo sufrir esto!
¡No, señor! ¡Ya no lo aguanto!
Si sigue así, por supuesto,
que una noche me levanto
y voy y le tiro un tiesto.

Si el sereno ha de velar
para que estemos mejor
y podamos descansar
¿á qué conduce, señor,
ese modo de gritar?

Haga Usía, lo repito,
que este sereno bendito
en adelante no cante,
ó que cante en adelante
muy bajito, muy bajito.

Este es el favor mayor
que yo á Usía pediría.
Contando con el favor
queda agradecido á Usía
su seguro servidor

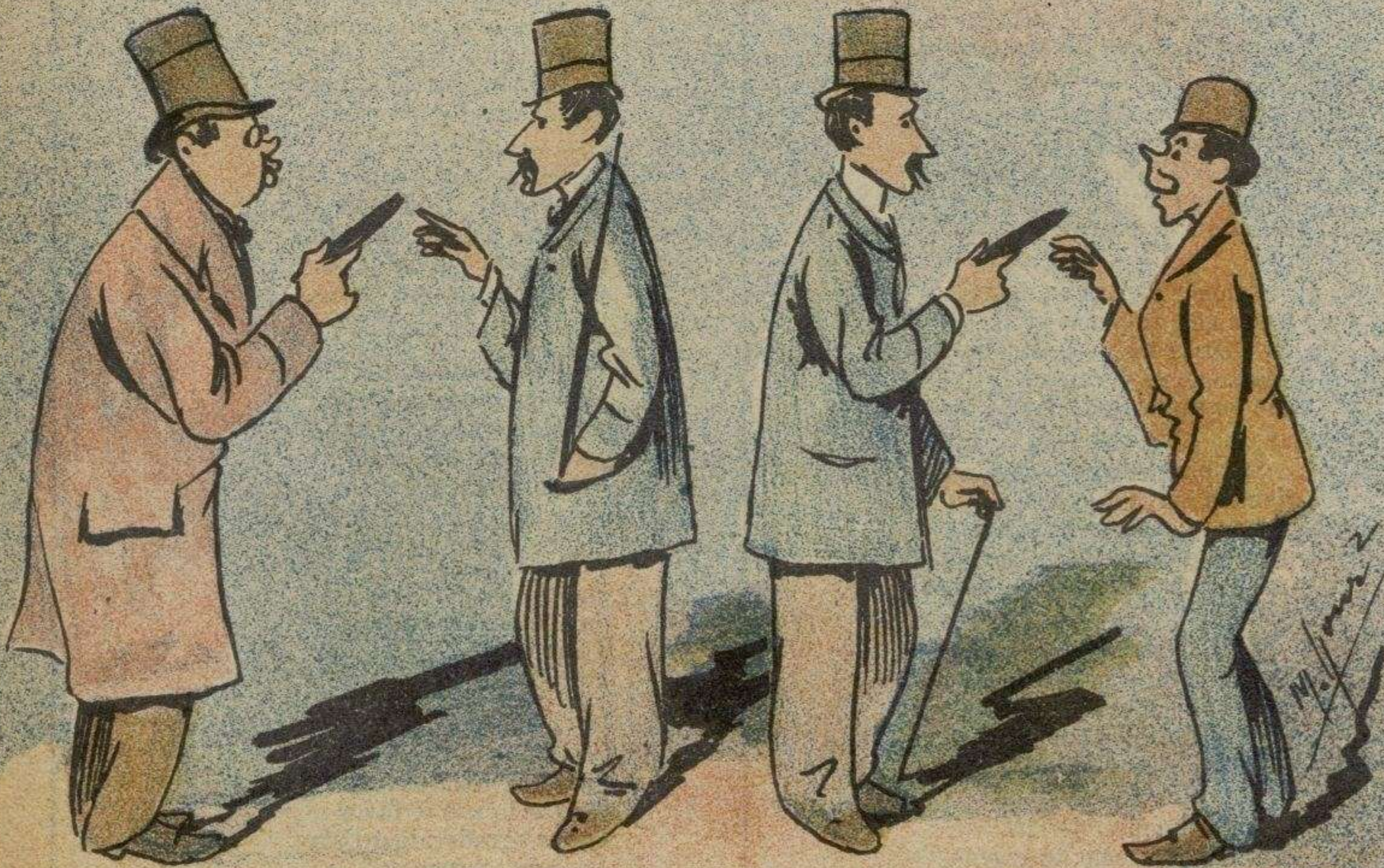
VITAL AZA.

EL HIJO PRÓDIGO



—¡Valiente puro! ¡A fe de Ceferino que me lo voy a fumar tan guapamente!

—(¡Calle, el procurador!) Digale V. á D. Nemesio que hasta la semana que viene no le podré pagar... Acepte usted este puro.



—D. Nemesio, ningún inquilino ha pagado. Me haría V. el favor de aceptar este cigarro?

—¡Ceferino!

—¡D. Nemesio! Ya le habrá dicho el procurador.

—Sí, ya lo sé; no se apure V. y fume este purito!

—(¡El mío! ¡Hay Providencia!)

MISCELÁNEA



No la envidieis el lujo y la hermosura con que á todos los hombres arrebató, porque esta gran señora ¡ay! ha vendido las cajillas de mistos por la Rambla.

Reina

¡Buena posición social la de este pollo atontado, que dice que está gastado y jamás ha visto un real!

—¿Y qué haces ahora?
—Trabajo. Voy á las estaciones y llevo baules.
—¿A tu casa?

EL HOMBRE PÚBLICO

I.

¡Manuela! Anda sácamelo todo. El pantalón negro, la levita, el chaleco escotado, la corbata de pintitas... ¿Te has acordado de coserme el botón del gabán? ¡Por vida! Yo no sé dónde teneis la cabeza... Anda, corre; á las ocho y media tengo que estar en el Ateneo. Allí son muy puntuales para empezar... ¡Caracolitos! ¡Qué frío hace hoy! Me dá miedo tener que ponerme la camisa... ¡Pero, mujer! ¡Esta ropa está húmeda! Será todo lo que tú quieras, pero la camisa no se ha secado del todo. Bueno, bueno; la llevaré así... Ya se me ha saltado el botón del cuello... Una aguja, mujer; una aguja enhebrada y cuida de no pincharme... ¡Ay! Basta que uno tenga prisa para que todo salga patas arriba... ¡Canastos! Me has metido la aguja por la nuez. Fíjate en lo que estás haciendo, Manuela... ¡Anda, anda! ¡Ahora comienza á llorar la chica!... No cosas más. Ya me arreglaré yo como pueda. ¿Pero á dónde demonios ha ido á parar mi corbata? ¡Si la tenía aquí ahora mismo!... ¡Manuela!... ¡Manuela!... ¿Has cogido la corbata? ¿Que no grite? No tengo más remedio que gritar; por que esto desespera á un guarda-cantón... No vengas, no vengas; ya la he encontrado... Se habrá caído en el vaso de noche... ¡Qué contrariedad! Llevaré la azul, aunque yo no creo que este color es propio de los oradores... ¡Ahora, con que se me haya olvidado el discurso... A ver si lo recuerdo. «Señores; no esperéis de mí una oración brillante, ni tan siquiera amena. Voy por la benevolencia de todos vosotros, á disertar brevemente sobre la influencia del naturalismo en la literatura... en la literatura. (¡Manuela! ¿Puedes venir á estirarme el pantalón?) En la literatura y en las costumbres... (¡Manuela!) Ha dicho un eminente poeta que el naturalismo... á ver cómo haces de manera que no se me arrugue este pantalón en las corvas. Estíralo más, mujer... ¿Pero esta chica se va á estar llorando toda la noche? Ya me ha hecho perder el hilo de mi discurso... Oye: dile á la muchacha que me prepare dos yemas con azúcar: quiero llevarlas en un frasquito para endulzar la garganta antes de romper á hablar... ¿Han llamado? ¿Quién será á estas horas?... ¡Maldita sea mi suerte! Es D. Eleuterio... ¿Pero qué vendrá á hacer este hombre á mi casa, sabiendo que hoy voy á hablar delante de cuatrocientas personas... Si; pase usted con toda confianza... No me estorba usted; al contrario, ¡tengo muchísimo gusto!... Pues sí, señor, los amigos se han empeñado en que diese una conferencia sobre el naturalismo y no he podido negarme... ¿Qué me cuenta usted?... ¡Caramba! ¿Conque le ha echado á usted las manos al cuello? ¡Quién lo había de decir! ¡Una señora que parecía tan tratable! Sí, sí, cuéntemelo usted todo... ¿Pero esa es una suegra de caballería? ¿Y usted qué hizo? Pues si á mí me sucede una cosa semejante, créame usted que la divido!... ¡Manuela!... Manuela, ¿sabes dónde está el peine?... Pues amigo D. Eleuterio, veo que tiene usted muy buen carácter. ¡Dejarse sopapear por una suegra!... ¿Qué me va usted á leer la querella final?... Sí, hombre, sí: todo lo que usted quiera... ¿Ha visto usted por ahí unos guantes?... No se moleste usted: tal vez se hayan caído debajo de la cama... Yo me bajaré... ¡A dios! Se ha vuelto á despegar el botón del cuello! ¡Pero, Manuela, ¿conqué me has cosido este botón?... Perdóne usted, D. Eleuterio... Ya sé, ya sé que es usted muy amable... ¿Qué dices, Manuela?... Bueno, me lo coseré yo... como la chica se ha despertado, no puede dejarla sola... ¡No faltaba más; no señor! Yo puedo cosérmelo... Puesto que usted se empe-

ña... ¡Uy!... Nada, no ha sido más que el pinchazo' ha sido la impresión. ¡Como no estoy acostumbrado á que me anden en el pescuezo!... ¡Ajajá! Ya estoy corriente; muchas gracias, D. Eleuterio... ¡Ah, sí! La querella criminal; lea usted; yo entretanto me atusaré un poco este pelo. ¡Como tengo que hablar sin nada á la cabeza, conviene que le vean á uno aseadito!... ¿Y es muy larga? ¿Cinco pliegos? Entonces no es muy larga... Lea usted, lea usted. Con permiso... Manuela, ¿puedes traerme el gabán?... Pues anda, mujer: mientras lee D. Eleuterio yo le iré sacando brillo á estos tacones... Como tengo que colocarme en la plataforma y todo el mundo tendrá la vista fija en los pies, debo presentarme con el calzado bien lustrado... Estas cosas debería hacerlas la criada; pero ¡ay! ¡D. Eleuterio! ¡Cómo está el servicio! Mire usted, hace un año quise hablar en el Ateneo, como ahora, y por culpa de la criada perdí el turno. Verá usted lo que pasó: yo tenía la levita en casa del quitamanchas, y la mandé á buscar una hora antes de que empezara la sesión; pero ¡cuál no sería mi asombro al ver llegar á la chica con una manteleta de mi mujer en vez de la prenda que yo esperaba! La muy torpe había confundido los términos y cuando quise deshacer el error, ya me había tomado la delantera un jóven ateneista que se pasó hablando dos horas sobre la necesidad de conservar el tálago en la literatura... Las ocho... Hasta las ocho y media no comienza la cosa... Tengo que comer todavía... ¡Manuela! D. Eleuterio es de confianza. Puedes decir que saquen la sopa... ¿Qué no ha venido la chica? ¿Pero esa mujer se ha propuesto desesperarme?... ¡Caramba! ¡Ya me iba sin pañuelo!... Dame uno. ¡Ah! escucha; no me des el de cenefa de color, por que la última vez que lo saqué, me preguntaron si se me había caído en el tintero... ¡Las ocho y cinco!... Nada, nada, no puedo detenerme... ¿Comer? ¿Quieres que vuelvan á cogerme el turno?... Vaya, abur. Dispénsese usted, D. Eleuterio; otro día leeremos la querella criminal y todo cuanto usted quiera. Manuela, cuida de que los chicos no me rompan los papeles que dejo sobre la mesa del despacho... ¡Ah! No te olvides de dejar la llave debajo de la puerta. Vendré tarde. ¿Que si voy á tomar algo?... No mujer; ya sabes que no me gusta cenar fuera de mi casa... Lo mejor será que me guardes el cocido; yo lo calentaré cuando vuelva... Abur. ¿Viene usted, D. Eleuterio? Pues, andando.

II.

«Señores: No esperéis de mí un discurso... un discurso... ¡Ejem!... ¡Ejem!... un discurso... Ruego á los señores socios me permitan... me permitan... En fin... me siento tan conmovido que... He dicho.»

III.

Manuela, ¿estás dormida? Sí; ya estoy de vuelta... ¡Qué noche, qué noche más cruel he pasado! ¿De qué me ha servido estudiar el discurso? Pues, nada; llegué á tiempo, subí á la plataforma. y... ¡nada! ¡Me corté!...

Y me estoy cayendo de debilidad... Calentemos el cocido. ¿Qué dirían de mí los socios del Ateneo si me vieran dedicado á estas faenas de cocina? ¡Uy! ¡Me he abrasado!... ¡Cuántas fatigas estoy pasando por querer ser hombre público!...

LUIS TABOADA.

LA AMBICIÓN

Por un delito defanddo,
fraguado en el Paraíso,

quien todo lo puede, quiso
viviera el hombre pensando.
Y de tan terrible ley
esclavos todos vivimos,
todos pesares sufrimos,
desde el mendigo hasta el rey.

Esto, lector, me recuerda
cierta peregrina historia,
que conservo en la memoria
y he de contar por lo cuerda.

El Rey Sabio y sus monteros
de la corte sevillana
salieron una mañana
á cazar á los oteros:

y por lucir á cuál más
el valor de sus bridones,
los gallardos infanzones
dejaron al rey atrás.

Viéndose ya sin testigo,
oyó una voz lastimera,
y esta voz doliente era
la súplica de un mendigo.

Volviendo el rey su alazán,
—¿Qué quieres? le preguntó;
y el pobre le respondió:

—¡Solo un pedazo de pan!
—¿No quieres más?

—Para un pobre...

—Pide, porque mi decoro,
teniendo doblas de oro,
no me permite dar cobre.

—¿Quién eres?

—Soldado fui
y mi sangre derramé.

—¿Te premiaron?

—No, que fué
ingrato el rey para mí.

—Hoy que la querella entablas,
quedar sin agravios puedes;
no temas, pide mercedes,
que es á tu rey á quién hablas.

Quedóse el viejo aturcido,
y al cabo, con timidez
respondió:

—Ya la vejez
mis antojos ha extinguido.

Dadme una choza mezquina
donde terminen mis años.

—La tendrás.

—Dadme rebaños
y esa pradera vecina.

—Tuyos rebaños y apero
serán: ¿hice tu fortuna?

¿Quieres otra cosa?

—Una,
ser armado caballero.

—¡Mucho pides!

—Mi ambición
con esto queda colmada.

—No quiero negarte nada
en esta reparación;
te lo concedo también.

¿Te encuentras ya satisfecho?

—Al que tanto bien me ha hecho
pedir más no fuera bien.

—Pero ¿aún anhelas más dones?

—Quiero lanzas y caballos,
quiero pueblos y vasallos
y castillos y blasones.

—¿Y si honrara tu persona
con todo cuanto demande?

—¡Fuera mi ambición tan grande...
que os pidiera la corona!

Y de mi delirio en pos,
bajo el peso de su ley,
cuando llegase á ser rey
quisiera entonces ser Dios!

—Ya siento haberte escuchado.

—Y yo causar vuestro enojo.

—Sigue con tu necio antojo,
sigue siendo desgraciado.

—Permitid que de mis culpas
os dé señor, las razones.

—A tan locas ambiciones
no puedes hallar disculpas.

Ya te escucho.

—En mis anhelos

nada existe que os asombre.

Señor... he nacido hombre,

y así lo quieren los cielos.

Si yo pedí en mis querellas

todo cuanto el reino abarca,

vos pedís siendo monarca

secretos á las estrellas.

Y en iguales devaneos

nuestra existencia pasamos;

que es el alma que llevamos

abismo de los deseos.

X.

UNA MANCHA

Sinforoso es un solterón de cierta edad.

Lllaman hombre de cierta edad, ó al menos le llamo yo, al que está entre los cuarenta y dos y cuarenta y cinco años.

Sinforoso tomaba chocolate la otra tarde en una chocolatería de la Rambla.

Yo no soy aficionado á ese *asfalto*, así es que al acercarme á su mesa pedí una chica... ¡no se asusten ustedes!... una chica de cerveza.

Hablé con Sinforoso de lo que se habla siempre: de teatros, de política, del tiempo y de otras tonterías.

Como quiera que después de mojar todo el pan en el chocolale le quedara todavía media jicara, mi amigo gritó:

—¡Mozo, una pajuela!

Le trajeron una pajuela y comenzó á sorber con ella el resto del chocolate.

Esto llamó mi atención y le dije:

—¿Qué es eso Sinforoso? nunca he visto sorber el chocolate con pajuela.

—Hace años que hago esta operación,—me dijo.—Desde un día fatal en que por sorber con la jicara me sucedió una gran desgracia, siempre lo tomo así.

—¿Quiere usted explicármelo?

—Con mucho gusto. Tenía yo veintidos años y era todo un hombre *chic*. Afeitado como un torero, peinado á la última moda, llamaba la atención de todas las mujeres.

Yo, gracias á mi inexperiencia ¡figúrese usted, veintidos años! deseaba buscar una tierna compañera para darle mi nombre, y la encontré.

Era esta la señorita Florinda de la Cava, hija de honrados comerciantes, hermosa como un ángel, y con cien mil duros de dote.

Le hice el amor primeramente con miradas, luego con cartas y por último hablándola.

Fuí presentado en su casa, y con anuencia de sus apreciables papás, comenzaron mis amores volcánicos con esta Cava. ¡Lástima que yo no me hubiese



Bien haya la dicha que es proporcionar
la honesta visita de un viejecillo...
Champaña, tabaco, descanso, alegría,
sin penas ni ingleses... ¡Qué grato es vivir!

llamado Rodrigo!

Parece ser que choqué á la niña y no soñaba más que con su Sinforoso.

Ella era romántica, excesivamente limpia, y por nada de este mundo hubiera tolerado que yo me presentase á ella con una mancha en la ropa.

Seguí haciéndola el amor con alguna confianza, pues era ya mi prometida.

Una noche...

Noche terrible
llena de espanto,
llena de penas,
llena de horror...

Una noche, repito, fuimos convidados á un gran baile que daba en el Ensanche una señora de lo más distinguido de la clase aristocrática barcelonesa.

En el baile pensaba hablar con Florinda para que se sirviese señalar el día de la boda.

Vestíme lo más elegante que pude: frac, chaleco escotado, corbata blanca... un brazo de mar como si dijéramos.

La emoción me quitó las ganas de cenar y no cené. *Cependant* (sin embargo) tenía cierta debilidad en el estómago y entré en una chocolatería.

Como iba deprisa, mojé dos sopas y me bebí precipitadamente y de un tirón la jicara.

Después me presenté en el baile.

La señora de la casa, á quien saludé, apenas me miró, atareada como estaba recibiendo los cumplimientos de un sinnúmero de convidados.

Penetré en el salón que estaba animadísimo, pues ya había comenzado el baile.

En un rincón estaba Florinda con dos ó tres po'las de la misma edad.

Me acerqué ligero y sonriente como una sílfide, y no hice más que acercarme, cuando todas soltaron la carcajada.

Esto me desconcertó.

Sin embargo, con menos aplomo me acerqué á mi novia y la dije:

—¿Qué tienes? ¿Por qué te ríes? Nueva carcajada de Florinda, quien se fué á bailar con un pollo que vino á buscarla. Fuíme malhumorado, y á los dos pasos noté que una señora anciana se reía de mí; más adelante un grupo de pollos me señalaba con el dedo; en el *buffet* á donde acudí, también fuí objeto de *cuchicheos*.

Yo estaba volado.

No hacía más que mirarme el traje para ver si en él había algo digno de llamar la atención.

Volví á la sala de baile, y Florinda me echó una mirada de compasión que me traspasó el alma.

Me acerqué á ella y me volvió la espalda para seguir hablando con el pollo que la había hecho bailar.

Atravesé todo el salón y noté una risa general, producida por mi presencia, que me anonadó.

No pude soportar más. Tomé el sombrero y me fuí á casa.

Comencé á desnudarme y á pasar revista á mi ropa para ver si encontraba algo en ella que justificase la chacota general de que había sido objeto.

No encontré nada.

Delante de la cama tengo un espejo, y el diablo me tentó para que me acercase á mirarme.

¡Horror! Retrocedí lleno de espanto.

Desde las extremidades de mi boca partía un círculo oscuro que remataba en la punta de mi nariz.

Era la maldita jicara de chocolate que había marcado sus bordes en mi cara.

De este modo pude explicarme la risa de Florinda y la de toda la reunión.

Me lavé con coraje y me acosté.

Al otro día fuí á hablar con Florinda y no me recibieron en su casa.

Al mes se casó con otro.

Y ahora tiene usted expicado,—concluyó Sinforoso—el por qué de tomar chocolate con pajueta.

Por lo que á mi toca, compadecile de veras, le dí un apretón de manos y me fuí.

DANIEL ORTIZ.

CHULAPERÍAS

A LO QUE ESTAMOS, TUERTA

A mi estimado amigo D. Fernando Garcia

—Anda con Dios, Merlucilla.

—Caramba, Chato, dispensa, pero no tabía visto.

—Por dispensao. Pero cuenta, ¿adónde has estao metío tantos días?

—En la trena.

—¿Y porqué?

—Por lo de siempre:

por enseñar á la Pepa á saber tener modales y á saber tener vergüenza.

Figúrate que el domingo nos marchamos á las Ventas el Cangrejo, el Calamár, el Besuguillo, la Almeja, la Carpa, la Trucha y yo:

—(Vamos, si, toda la pesca)

—Y despues de haber echao al cuerpo unas diez botellas, y de habernos divertio como Dios manda y enseña, no sé cómo ni por dónde se nos presentó la Pepa y empezó á meter *garata* y á decir cosas mu feas.

¡Vamos! pues no se atrevió á soltarme la indirecta de que si tengo ú no tengo....

¿comprendes? ¡maldita sea!

Al oír esto, chiquillo, me enrrité de tal manera que sin reparar en pelos la empecé á tirar botellas, y tuve la buena suerte de pegarla en la cabeza y hacerle un chinchon.

—Bien hecho.

—¡Camará, valiente juerga! Aquello fué un dos de Mayo con más verdá que el de veras; y viniéron los del orden y á tós menos á esa.... puerca nos llevaron con las manos atrás.

—¡Qué indelicadeza!

—¡Ya ves tú! Pus despues de eso nos han tenido en la cueva hasta hoy, con más fatigas por salir... ¡maldita sea!

—Y dí ¿á dónde ibas ahora tan sofocao?

—Pus á verla.

—¿Con qué objeto?

—¡Qué inorante!

Pus pa saltarla las muelas y volver al cuarto oscuro.

—¡Anda! ¿y pa qué?

—¡Buena es esa!

Allí mantienen de balde
y hoy andamos de boqueras.

—Anda con Dios, calculista.

—¡Pus no que no, que se juega!

VALENTIN MOURO

TRES AÑOS DESPUÉS DE MUERTO

No hace mucho tiempo que en una de las brillantes fiestas particulares que se organizan en la tan renombrada y clásica feria de Sevilla, oímos cantar la siguiente copla:

Diez años después de muerto,
Y de gusanos roído
Habrá señal en mis huesos
De lo bien que te he querido.

Creíamos al escuchar la canción que tal letrilla era hija de la fantasía exagerada de los andaluces.

Sin embargo, la siguiente historia que vamos á permitirnos referir á nuestros lectores nos demostró que hay personas que dan señas evidentes de cariño y aún de celos tres años después de haber abandonado la vida.

Hace poco más de un año murió en Milán un honrado comerciante de Madrid llamado Victor J... Los médicos le aconsejaron el viaje porque estaba tísico en último grado, y su esposa, cumpliendo con los deberes de su cargo, le había seguido para prestarle sus cuidados cariñosos hasta los últimos momentos de su vida.

Para acompañarle á tan lejano suelo había abandonado la señora de J... su familia y sus amigos.

La casa quedó al cuidado de su socio Alfredo García, el más gentil de los dependientes de comercio, que pasaba su vida entre las hojas del libro Mayor, donde sentaba la operaciones del día y las conquistas amorosas, que después anotaba en su Diario particular para solaz de sus herederos y entretenimiento propio en los ocios que se preparaba para la vejez á fuerza de desvelos y trabajo.

Cuando Victor exhaló el último suspiro, su viuda se entregó á tales extremos de dolor que se opuso terminantemente á separarse de los restos queridos del que fué su esposo, á pesar de las reflexiones del médico y de la dueña de la fonda, únicas personas que le acompañaban en tan tristes momentos.

Compadecidos éstos de tanta pena, le propusieron un medio de no separarse jamás del infortunado Victor, que fué aceptado con reconocimiento por aquella alma sensible.

El remedio propuesto consistía en solicitar los buenos oficios del doctor Venturini, jefe de la Sociedad italiana de cremación.

Venturini se encontraba á la sazón en Milán, y se encargó del asunto con verdadera alegría.

Por la noche se llevó el cuerpo, y cuatro días más tarde entregó á la desconsolada viuda una pequeña urna herméticamente cerrada, última morada del infortunado comerciante madrileño.

Algo más tranquila, emprendió la señora de J... su viaje de regreso á Madrid, llevando en su saco de mano los impalpables restos del objeto de su amor.

Hace muchos años que dijeron algunos filósofos que el dolor se curaba con el tiempo.

Seis meses más tarde, la viuda de Victor estaba

menos desconsolada, y dos años después, se encontraba perfectamente curada.

Pasado este plazo empezó á ocuparse de los negocios de la casa y á tener con este motivo frecuentes entrevistas con el que fué socio de su marido.

Alfredo García no acostumbraba á desperdiciar las ocasiones, y no era muy mala la de encontrarse horas enteras á solas en agradable conversación con una viuda rica de diez y ocho años, que además tenía unos ojos negros capaces de producir una erupción volcánica en el pecho más empedernido.

Comenzó, pues, el ataque, que con tanto éxito había ensayado en otras ocasiones el don Juan de la calle de Postas.

Cada operación de que daba cuenta, iba acompañada de un suspiro conmovedor.

Cada compra, de un significativo apretón de manos, y cada realización, de unas miradas tan tiernas y atrevidas, que la viuda se veía obligada á mirar de reojo el dorado frasco en que yacía el difunto para no corresponder con iguales demostraciones de cariño al seductor consocio de la casa que aún llevaba la razón social de Victor J. y Compañía.

El axioma estratégico que dice «plaza sitiada, plaza tomada», se comprobó una vez más en el caso de que se trata.

La viuda, al principio luchó por rechazar un amor que creía ofensivo á la dignidad de su esposo, que sobre la cómoda presenciaba las escenas antes descritas, pero al fin acabó por familiarizarse con la idea de contraer un nuevo matrimonio, y accediendo á las reiteradas súplicas de Alfredo, fijó el día siguiente al en que se cumplían los tres años de la muerte de su marido para contraer nuevas nupcias con el jefe de la casa que desde aquel momento debía llamarse García, sucesor de Victor J...

Llegó por fin el anhelado momento.

La boda se verificó, terminó la comida y á las doce de la noche se retiraron los convidados después de las felicitaciones acostumbradas.

En la cámara nupcial, y sobre un tocador, estaba, con otros objetos, la urna que contenía las cenizas del infortunado Victor.

Los novios, llenos de amor, se contemplaban estáticos.

Alfredo cojió una mano de su mujer y la llevó cariñosamente á los labios.

Esta la retiró con dulzura diciendo:

—Delante de él... no me atrevo á dejarme besar la mano por tí.

—No temas... Victor está pulverizado y yo soy tu esposo, contestó Alfredo con ternura.

En este momento, y como protestando de lo que sucedía, se oyó una fuerte detonación; la urna saltó en mil pedazos, hiriendo sus fragmentos gravemente al recién casado.

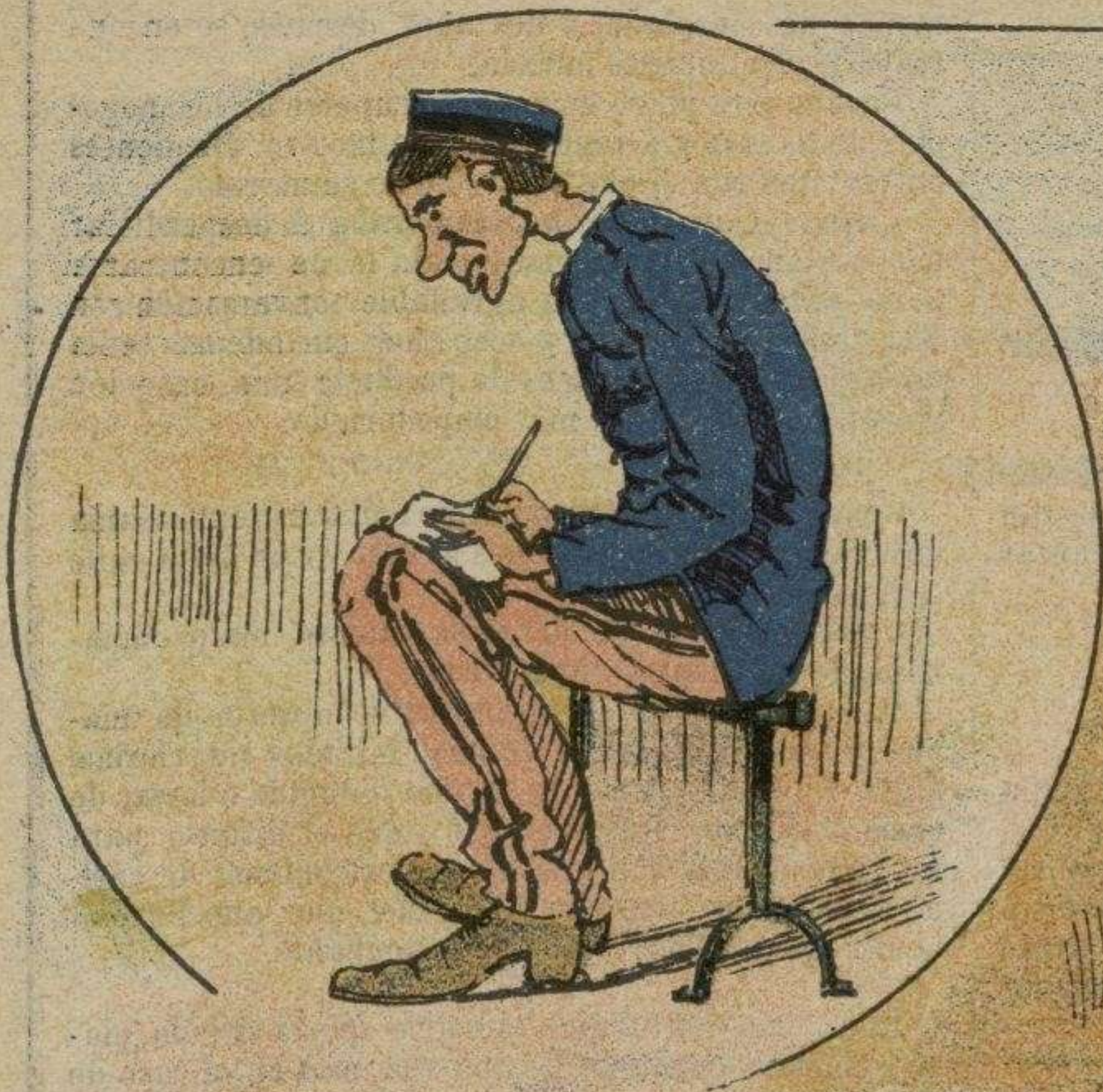
La esposa lanzó un grito agudo y cayó desmayada.

Victor era un marido que protestaba de la boda de su mujer... tres años después de muerto.

Nadie sabe en qué había consistido la explosión de la urna.

Según después hemos sabido, el doctor Venturini, para acabar con más premura la combustión del cuerpo de Victor, había introducido en el aparato ciertas sustancias químicas que, combinadas con el

LA TROPA



«Mia dorada Tribucia: Hace unos días que siento un hormiguillo en too er cuerpo... Yo creo que osté tié la curpa, cachito e merengue...»

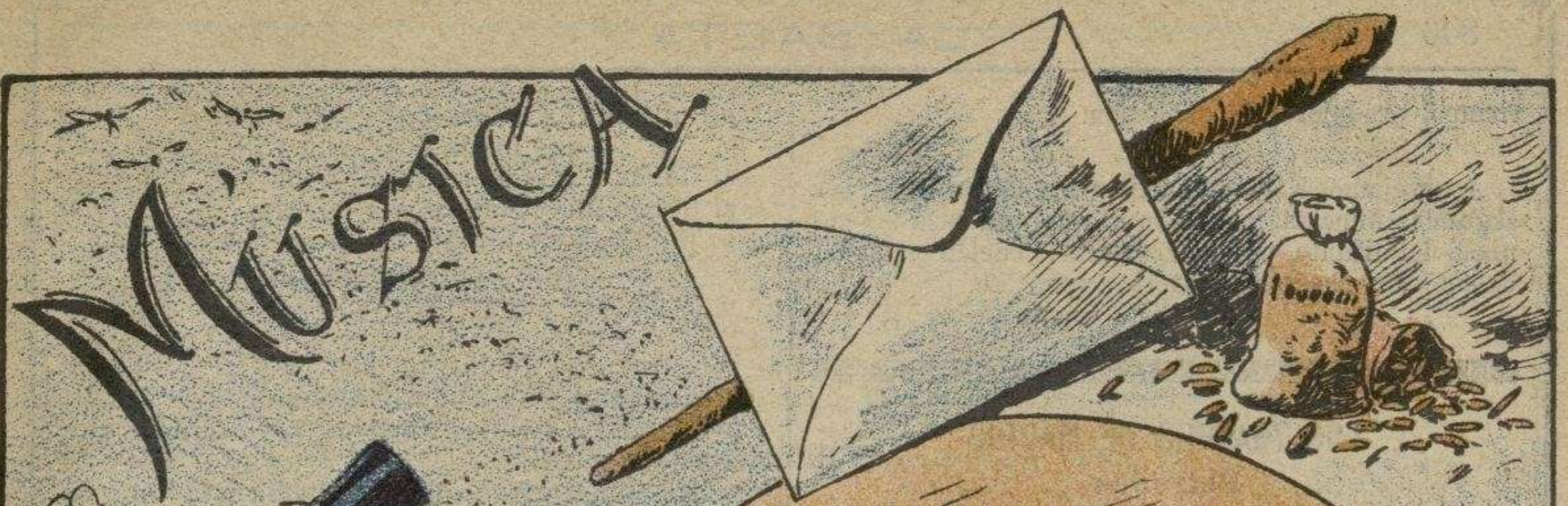


—Pero estos calzoncillos están perdidos.
—Más perdió es su marido, señá Crisanta.



A. Figueras

«Mardita siii! ¡Arrestarme por una mancha de aseite en er pantalón! ¡Y si le doy con jabón puee ser que no sarga! Lo mejor será meter er pantalón en aseite: así estará too iguar!»



Aria



Duo



Commedia



Terceto

tiempo, produjeron la explosión.

Aconsejamos à las viudas que piensen contraer segundas nupcias que no se lleven à su casa las cenizas del difunto, porque los maridos suelen ser hasta después de muertos... materia explosible.

L. E.

LOS TEATROS DE MADRID

Estrenos

PRINCESA.—La comedia escrita en francés por V. Sardou con el título *Nos intimes* y arreglada al castellano con el de *Los amigos*, ha sido representada por primera vez, siendo del agrado del distinguido público que llenaba el elegante coliseo. Al final fué llamado el autor del arreglo, resultando ser el señor Ortiz de Pinedo, el cual no se pudo presentar por estar ausente de la corte.

El desempeño de los principales papeles encomendado à la señorita Pino y à los señores Vallés, Manini, Manso y Peña, muy acertado.

APOLO.—*La tragedia en el mesón ó los contrabandistas*, estrenada en la presente semana no ha sido del agrado del público.

Durante la representación del sainete—que, en honor de la verdad, hemos de consignar que está muy bien escrito—el público guardó el más riguroso silencio, interrumpiéndole, al final con muestras de desagrado. Un actor—el señor Mesejo—quiso pronunciar el nombre de los autores pero el auditorio se lo impidió.

Por esta vez, los señores Burgos y Nieto, autores respectivamente de la letra y de la música, se han apartado del gusto del público y éste, que tolera los chistes groseros, les ha pagado con el silencio.

ESLAVA.—Estreno de *Las dos menos cuarto!* arreglada del francés por el señor Limendoux, con música del maestro Brull.

El libro es, además de insulso, pesado, y tiene dos ó tres juegos de palabras que quieren ser chistes y en realidad son indecencias.

La música es regular, logrando ser repetidos dos números.

Durante la representación de la segunda parte del desarreglado *arreglo*, el auditorio le *bastoneó*; y al final, cuando el Sr. Castilla—que ejerce de *introducción de autores*—quiso anunciar el nombre de los ya citados, se opuso con energía evitándolo.

No poco contribuyó al *fiasco* la mala interpretación de la compañía.

TARTARIN.

MICELANEA

En un teatro, cuyo nombre no quiero citar, debutó no ha mucho tiempo un señor *silbable* por todos conceptos.

Uno de los asistentes al debut, al salir del teatro dijo à un amigo suyo:

—¡Lástima que ese tenor no sea el gallo de la pasión!

—¿Por qué?

—Por que no cantaria más que tres veces al año, y seguidas, y de madrugada.

Si llegas à olvidar los juramentos de aquella noche de misterio y paz

en que juntos cruzamos el camino
que hacía la iglesia va;
si llegas à olvidarte de mi pena;
si llegas mis recuerdos à borrar,
lo juro por mi honor, hermosa mía....
que lo mismo me dá.

En una casa de huéspedes.
—Aquí tiene usted su habitación.
—No me disgusta; pero yo soy hombre que detesto la soledad.
—No estará usted solo. La alcoba está llena de chinches.

Yo conté los amigos que tenía
cuando mimado fui por la fortuna,
y halle tantos sumandos
que me costó trabajo hacer la suma.
La desgracia después à verme vino,
y quise repetir la operación:
solamente un sumando me restaba,
¿sabeis cuál era? ¡Yo!

Histórico.
Un jugador de oficio se retiraba todas las noches à descansar acompañado de un amigo pobre.

Al llegar à la puerta de su casa, el jugador entrega un duro à su acompañante, por vía de regalo.

—Gracias—dice éste y se marcha calle arriba.
El jugador penetra en su casa satisfecho de su buena obra. Al día siguiente repite la misma operación.

Una noche el jugador, que ha perdido todo su dinero, se separa del amigo sin darle la cantidad consabida.

—¿No me das aquello?—pregunta el pobre.
—No me es posible. Esta noche lo he perdido todo—contesta el jugador.

—¡Infame! —le replica el amigo.—¿Te has jugado también *mi* duro?

A una estanquera

No siento yo tus desdenes
ni que mates la ilusión
que abrigó mi corazón,
por que palabra no tienes.

Tampoco siento el desvío
que aumenta más mis dolores
olvidando los amores
que engendró mi desvarío.

No lloro mi desventura
ni maldigo tu abandono
y con gusto te perdono
tu inocente travesura.

Que al romper tu juramento
de eterna fidelidad
te confieso la verdad
me llenaste de contento.

Tan solo he de recordar
tus amores, gitanilla,
al ir por la cajetilla....
¡Y tenerla que pagar!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA

Durante los últimos disturbios de Bulgaria, un pobre soldado fué condenado á recibir cien azotes.

Dos verdugos eran los encargados de administrárselos.

El uno contaba los azotes pares y el otro los nones.

Fueron pegando y contando, y uno dijo:

—Diez.

—No, que son doce— le replicó el otro.

—Te he dicho que son diez, y estoy seguro.

—Bueno, pues para evitar cuestiones, volva á empezar.

Y empezaron.

Elección de carrera

Qué carrera le daría á su hijo, pensó Andrés, por que tenía interés de ver la que éste escojia.

No le tiraban al chico ni leyes, ni medicina; le daba el estudio inquina, pues el pobre era un borrico.

Tampoco la arquitectura le llamaba la atención, pues le tenía aversión; ni le gustaba ser cura.

Al decir á todo no el padre se hechó á pensar, ¿á qué le he de dedicar á ese mastuerzo? pensó.

Por fin le preguntó un día, ¿quisieras ser militar? Dime ¿te llegó á tirar á ti la caballería?

Y le contestó el indino: ¡Yo creí que V. sabía que me tiró el otro día por la cabeza el pollino!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA

—Serafin es un hombre de mucho talento pero no sabe dónde tiene la mano derecha.

—¿Cómo así?

—Porque la perdió en la guerra carlista

Pálida y ojerosa, triste y debil ayer pasó á mi lado, la miré, me miró, y una sonrisa leve, frunció sus labios.

Me recordó los tiempos que altanera envuelta en gasa y raso, su belleza, insultante paseaba, por fiestas y saraos.

Su flaco rostro apenas recordaba esplendores pasados y enjugando una lágrima, me dije; ¡Gran Dios, cómo ha cambiado!

MALA SOMBRA

¿Qué dicen los gallos y gallinas cuando salen del ponedero, después de haber dejado el huevo?
El gallo.—Este huevo que ponemos ¿por qué no nos lo comemos?

La gallina.—Por, por, por, por cortedad; por cortedad.

Mi cuarto á espadas

(EN UN ÁLBUM)

Al colocar mi pluma sobre un álbum á describir no acierto,

las bellezas que adornan á su dueña lo mismo que las siento.

A otras plumas mejores que la mia tal distinción les cedo;

porque á mi no me gusta, francamente, quedar por embustero.

ALFREDO LÓPEZ ÁLVAREZ.

—¿A que no sabe V. cuál es el camino más corto de un punto á otro?

—La línea recta.

—No, señor; la línea... férrea.

Cayose un avaro al mar, y uno que estaba cercano, llegó, le pidió la mano... y no se la quiso dar.

—Dame un cigarro.

—No tengo.

—Pues dame dos.

—Hombre, no seas bárbaro.

—Pues entonces, hablemos de la Habana y escupamos con frecuencia.

Enumeraba un joven recién llegado de Inglaterra las maravillas de aquel país, y para concluir dijo:

—Uno de los elefantes que posee el principe de Gales tiene los dientes engastados en oro.

—Lo mismo que mi mamá— contestó una niña que lo escuchaba.

—¿A que no sabe V. lo primero que yo saco de casa cuando llueve?

—El paraguas.

—No, señor; una de las piernas.



Teodorito.—Lo publicaré.

M. M.—La cosa no tiene lances.

J. A. F.—Nada sirve.

Cucufate.—Irá saliendo.

M. M. S.—Es usted muy sucio.

El tío Macarroni.—Los versos no son de V. No se de quien son, pero no son de V. Lo digo porque no están mal hechos, aunque dicen poco, y en la carta que los acompaña me habla V. de enviármelos por mi semanario.

Achuchon.—Tonton.

Juan No-importa.—Lo que V. envía es mejor para un periódico satírico que para uno literario como es este.

N. P.—Hiba no se escribe así. Si es tiempo del verbo ir... y aunque no lo sea.

El lumbroso.—Fusilable, señor mio, fusilable.

Imp. Tallers, 51-53.

DESPUES DE UNA NOCHE DE TORMENTA



No me vuelva V. á dar alubias para cenar, D.^a Nicanora.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL
FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.^o de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cénts. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 49 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.^a Bernardo, 27, bajo